

Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

PERICO RAMIREZ, MARIO. *De la entraña a la piel*. Introducción de Eduardo Mendoza Varela. Tunja. Fondo Rotatorio de Publicaciones de la Contraloría Departamental. 1966, 246 p.

He aquí un libro en extremo individual porque todo cuanto dice es algo personal, en el sentido de que si bien en ninguna parte nos cuenta hechos de la propia vida del autor, con vehemente intensidad, en cambio, nos describe, nos deja ver puro desnudo su yo temperamental. Mejor aún: nos lo avienta apostrofador e increpante. El sale a la claridad del día con un solo objeto apremiante, esto es, para hacernos estallar en el rostro los relámpagos de su alma. Y por eso, al menos para mí, cada vez que se le lee parece uno oír la vieja admonición: “¡escuchad, pastores solitarios, y vosotros, insensatos y ociosos comedores!”... Así hablaban las hijas del gran Zeus; pero así, igualmente, también hablan... los hombres, sean escritores o no, “intuitivos introvertidos” (1), metidos en su yo vivencial hasta el tuétano, pero que lo sacan a la intemperie para lograr un desahogo de alma. En ellos las luchas íntimas se revelan en el exterior de la forma, y por eso, cabría decir que las obras de esta clase de temperamentos cuando son escritores tienen *virtud*; cosa que todavía quedaría más claro si echara mano, aunque modificándola ligeramente en su sentido, de una definición de Posidonio, a saber: “la virtud consiste en la afirmación moral del hombre frente al mundo”. Ora tal afirmación se llame el *daimon* o libertad interior espiritual, ora el *duende*; es decir, ese miraje, esa visión íntima que mueve a este tipo psicológico de hombre de letras a componer su obra. A pesar de que suelen ser los que no se conforman con la mera intuición. De aquí que cuanto nos cuentan no es la batalla difícil en busca de la verdad impersonal, no, sino que a todo trance nos colocan ante la revelación de *su* verdad. Así, se les podría definir parejamente como intelectuales de alma expresionista. Porque son los que, tomando pie en la introspección, gritan la experiencia de todo su ser: primero, y desde luego, la experiencia anímica, en cierta medida visceral, carnal, y por último, pero muy por último, la intelectual. Porque son los que penetran en la realidad escondida a través del yo, creando un mundo aéreo y vibrátil, el cual, por esto mismo, está siempre expuesto a reabsorberse en ella. Es su expresión, pues, subjetiva, de sesgo inconfundible. Tratan, en efecto,

de explicarnos las cosas mediante el misterio, mediante la inefabilidad interior. Y merced a esto es como, a la postre, nos dan testimonio únicamente de su propia subjetividad.

Tomado de este modo, y no creo que se pueda tomar de ningún otro, el libro de Perico Ramírez rehuye, por sí mismo, pertenecer a la estirpe de los razonadores perceptivos (2); estilo Nieto Arteta, ofreciendo un ejemplo nacional, y el cual me complace traer aquí, ya que Nieto fue en gran parte un pensador solitario colombiano. Queriendo o sin querer, el autor del libro sobre el cual medito encara, tenemos que reconocerlo, el mundo valiéndose de razones íntimamente personales; diríase debido a que se siente obligado a transformarlo con la visión de su propia vida. Por lo cual plantea de paso —y lo voy a plantear a mi vez también de paso— una grave cuestión sobre el pensar contemporáneo. O sea la defensa y el derecho de la voz intelectual, inerme, personalísima, casi exterminada por el alud de exigencias y tiranías de opinión de los gremios, de las asociaciones, de las entidades y del Estado. Y a la cual voz, en este caso por lo fantaseadora y estética, hay que exigirle muchas excelencias para que no se vaya a contaminar con los miasmas de la garrulería implícita y explícita de muchas de las manifestaciones de la vida actual. Sin embargo, abandonemos esto que me llevaría a hablar de la grandeza y de la debilidad del intelectual contemporáneo, según el modelo del escritor policromo, grave y al mismo tiempo trivial. ¿Por qué digo esto? Precisamente debido a que en un mundo como en el que nos ha tocado vivir, un mundo de guerras, revoluciones falsas y verdaderas, frustraciones, traiciones, hambres, miserias, opresiones sutiles, lo interpreta con cólera, con angustia. He acá su grandeza. Pero, lleve el grado de cólera o de dolor que quiera, porta un prejuicio inaceptable: el de “no considerar bellos más que los paisajes donde la verdad triunfa”...; sobre todo en países como el nuestro, cuyo corazón secreta mucho sentimentalismo y muy pocas pasiones, de aquí su trivialidad. Hora es, creo yo, de que nos consideremos los colombianos menos tórridos de lo que pensamos. Mas abandonemos esto, como decía arriba.

No se halla una página, en efecto, a lo largo y ancho *De la entraña a la piel* en la cual el autor se proponga llanamente enriquecer *objetivamente* el conocimiento. Allí se inventa, o mejor aún, se siente a título exclusivamente personal. Nótese: *se siente*. Y en este sentido el título constituye ya un buen acierto. Es que se inventa de *dentro hacia afuera*. Por eso estas páginas están lejos de inyectarnos la *virtus dormitiva*, como nos la inyectan las páginas de otros autores igualmente inventadas. Por ejemplo, ciertas divagaciones personales de los escritores nadaístas. No es para menos. ¡Los nadaístas ostentan la rebeldía a flor de piel del primer alarido de la vida! O lo cual da lo mismo: ellos hasta ahora se han contentado con quedarse en la superficie de las cosas. De valor desde luego ayer, ¿no es cierto? No escribían casi nada de importancia, pero era un hecho que su rebeldía en nuestro medio, que su “estilo” en nuestra inefable república del *Sacred Heart* —subrayado con un grano de sal— fue tonificante y dio ánimo (3); aunque lo real, lo sabíamos desde entonces, no puede consistir únicamente en contrariedad. Sugería que la prosa y lenguaje de Perico Ramírez, sus fórmulas e imágenes, al fin y al cabo su palabra y su narración se dejan venir para relieves su propio yo y, ¿por qué no

decirlo?, para eternizarlo. Y no, como sucede con otros escritores, para protestar sin hondura conceptual o anímica contra esta u aquella otra realidad nacional. Pues con Perico nos encontramos ante un prosista subjetivamente vigoroso, de matices cálidos y sanguíneos, y al mismo tiempo ásperos. Es lo que él nos proclama sin quererlo decir demasiado, y de ahí que en ello se encierre la auténtica realidad de su obra. No obstante que a veces se le va la lengua, ¡oh, no!, me equivoco, el adjetivo.

De todos modos este vigor subjetivo nos explica por qué logra sus mejores páginas cuando se refiere a la Boyacá de sus querencias (4), o a cuanto hiere su fe —diciéndolo sin sentido religioso—. Inevitablemente, en *De la entraña a la piel* cabe distinguir unos ensayos —y conste que no es la palabra más apropiada para fijar su oficio de escritor— muy bien ajustados a cuanto vengo diciendo en su favor y que, por tanto, gozan de vitalidad propia; y otros, por el contrario, donde esta vitalidad se debilita, se anega de exudaciones verbales. Tal vez debido a que son páginas de compromiso periodístico. Son los primeros las páginas sobre lo boyacense y lo vivencial: de lo entrañablemente subjetivo, si se quiere con apogeo de exasperación. Los otros, bueno... son los otros. Véase, entre aquellos, “A don Puno no se le puede quitar el *don*”; “Betétiva, un pueblo que se columpia —como su nombre— del cielo”. Son estos, lo repito, y junto con otros que desperdiga allí, los que le confieren mérito al libro. Acaso, ¿no parece haberlos concebido sin más alas que las de su fantasía libérrima? ¿No parece haberlos alejado, por lo ingravidos y sutiles, de la realidad palpable y mediocre de las horas de reloj? ¿Me equivoco? No lo creo. Alguien decía que el hombre, por ser libre, crea, pero es libre y crea inserto en el instante personal, bajo la presión de las circunstancias; esto es, y por lo que hace a Perico, bajo la presión —voy a subrayarlo simbólicamente— *de un pueblo que se columpia del cielo*, de un cielo, claro está, a la medida del autor: fantástico y libérrimo. Pero aún creo poder precisar otra cosa. Tal libertad de fantasía es lo que le eleva a la categoría de creador: del *animus creandi* que sublima en forma literaria lo concebido. Pero con vívida conciencia. Toda vez que de lo contrario estaría yo afirmando que Perico es un escritor lanzado fuera de su *tempo* histórico. Necio sería caminar con el aguijón; con lo alcanzado y dejado atrás por el ingenio humano. En el caso que vengo comentando, por la literatura contemporánea.

De allí que fuera tan necesario en este momento discutir el papel que Perico Ramírez confiere a los adjetivos, con una de sus consecuencias más visibles: el dejarse arrastrar por la vorágine de las imágenes. Y discutirlo, porque, a fuer de ser extraídas de una imaginación en constante ebullición, se interponen a veces entre la pupila del lector y la idea subyacente del autor. No repararemos, sin embargo, en este caso personal. Pues en Colombia todavía está por saber si el pensar en imágenes —ya que de eso se trata— y como afirman algunos, constituye un progreso hacia lo mejor; o al revés: un permanecer estérilmente sobre el abismo de lo abigarrado, de lo superfluo e intrascendente, como sostenemos otros. Es que pensamos que esta manía de pensar en imágenes ha sido un inmenso sorbedero que se ha tragado a muchas inteligencias y plumas colombianas. Creemos que incalculable está ahí el mal. La sobra y el defecto del *ensayismo* nacional —no decimos del género ensayo, que casi nadie lo cul-

tiva— proceden, a nuestro juicio, por eso de lo mismo: que se piensa por mero pálpito, por inspiración y, en fin, llevado de la vorágine de las apariencias. Con lo cual resulta evidente, si estamos en lo cierto, esta expresión de un historiador colombiano en el campo de la literatura: “no hay nada más peligroso que disputarle a la masa el privilegio de los colores brillantes”. Básteme afirmar entonces, y recogiendo ideas que comparto con algunos intelectuales, que, para los literatos imaginativos del país, la cuestión del escribir quemándose sobre la líbido del adjetivo y de la imagen se les reduce a la vida o muerte.

De todos modos mientras los intelectuales, imaginativos o no, logramos esclarecer este punto de vista yo pido se lea este libro nacional. Es que ha llegado de otro lado la hora, creo, de encontrar en medio de tanto monedero falso hombres de letras libres y con carácter. Porque Perico, y haciendo caso omiso de sus ulíseas voces que lo llevan al derroche, crea con auténtica fuerza y responsabilidad interiores. No importa que al final nos escatime lo que tanto amamos los que deseamos ser escritores reflexivos: ¡el análisis denso! Ciertamente; al peral hay que pedirle peras, y a Perico Ramírez, atento a las revelaciones de su yo, cierto aire enrarecido de realidad, aunque se le deba combatir, como lo hago en este ensayo, el enrarecerla demasiado con adjetivos que él extrae de la parla vernácula. Y pido que se lea gracias a que en su prosa, al revés de lo usual, la lanza atestigua el valor del lancero.

NOTAS

(1) Véase de Carlos G. Jung su obra *Tipos psicológicos*, en el cual distingue dos fundamentales: el introvertido y el extrovertido. Pero como y en tanto que *arquetipos*. Lo cual en buen romance quiere decir que para describir el tipo de una persona de carne y hueso, según lo hago en el primer párrafo del texto, hay que hacerlo *por aproximación*. Aun a riesgo de cierta vaguedad.

(2) Mi afirmación de ninguna manera es arbitraria. Perico está escribiendo unas “estampas irreverentes” sobre personajes de nuestra historia que me dan la razón. Son, ante todo, *imágenes* de un autor intuitivo-introvertido; son, bien entendidas, pura *fantasía*. De ahí que yo me atrevería a llamarlas páginas hipnóticas o meramente sugestionadoras. Esto trae consigo —y desde luego su autor lo sabe— muchos peligros. El más grave para mí: que la historia, en un país donde tanto hay de *eso*, queda reducida a estado cataléptico, a suceso evanescente. Así, no son un efecto histórico de la historia sobre el individuo, sino un efecto intuitivo del individuo sobre la historia. Lo cual me comprueba al menos una cosa. Que la historia es demasiado difícil para los fantaseadores, y estos, demasiado buenos para la historia.

(3) Ya es hora de que se estudie en serio el nadaísmo. Para mí no es una doctrina teórica, un sistema moral, amoral o inmoral: es, simplemente, una manera de presentarse ante el público, basada en una forma determinada de vivir. De ahí que su mentor no haya, sin que se pueda invocar en su favor su juventud, logrado hacer discípulos, sino ilegítimos secuaces. Y, por lo demás, el gesto es, en la historia y en la vida, muy viejo. Que lo digan los Crates y Metrocles. ¡Vino viejo en odres nuevos!

(4) El sentimiento boyacense de Perico Ramírez, estoy por afirmar que el olor de tierra boyacense que se desprende de estas páginas no tiene nada que ver, ni está en la línea mental de un Armando Solano. Valga el caso. Sin duda, la luz de estos valles apacibles, que a muchos, y no precisamente los mejores, deja fríos, orea su prosa. Pero sin nada de tristezas, de saudades, de morriñas, de lagrimeos y melancolías hiladas en el huso indígena. En Solano, Boyacá no es más que el sueño de una sombra. Que es, cabalmente, lo que desean corregir los nuevos escritores de la tierra de mis abuelos campesinos sin galgo corredor. No ser unos testigos más de su acabamiento, sino de un vigoroso conglomerado humano que desafía la embestida del futuro.